

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*Las perlas de Venecia*, por D.^a Angela Grassi.—*Balada*, por D. Angel Mondejar y Mendoza.—*Crítica literaria* (conclusion), por D. Luis de Eguilaz.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Modas*.—**LÁMINA**: *Figurin*, núm. 814, bis.

REVISTA DE MODAS.



QUIÉN no ha sentido en cualquiera de los días del florido mes que hoy termina dilatar su alma, remontar su pensamiento, creyéndose por un instante trasladado á otro mundo de placer, de galas, de armonías y perfumes, al asomarse simplemente á los jardines de nuestro poético paseo de Recoletos? Las celindas, las lilas, los jacintos y las bretañas embalsamaban el ambiente; las mas distinguidas damas competian en lujosos trenes y atavíos, y si á esto se unian los inspirados acordes de los magistrales conciertos del señor Barbieri escapándose por las cien ventanas del circo del PRINCIPE ALFONSO, ó los de las bandas militares celebrando la inauguración de una obra que la arquitectura levanta para honra de las letras españolas, ¿decid si no debía elevarse el pensamiento y el corazón, y si no quiso Dios reunir en un solo punto, en el paseo de Recoletos, los perfumes, las armonías, el lujo, la hermosura, la nobleza y la gloria de las artes y las letras? Atravesar un dilatado jardín antes de entrar en el Circo á escuchar las melodías de Beethoven, de Thomas ó de Rossini, era disponer el corazón á las impresiones que le habian de conmover; penetrar en el cercado donde iba á colocar S. M. la primera piedra para la Biblioteca y Museo nacional, por entre las flores, los trenes de la nobleza, el lujo de la aristocracia, el esplendor del ejército y el entusiasmo de un pueblo apiñado, era levantar el pensamiento hasta la grandeza de la solemnidad.

Como en nuestro número anterior os hablamos

ya de estas fiestas, nos limitaremos solo á deciros que ha hecho la Moda para estos actos notables esfuerzos, presentándose digna de fijar la atención. Hemos visto trajes de forma de sotana, ó con la falda y cuerpo separados, pero tan nesgada la primera, que cubriendo su empalme un cinturón, difícilmente podría creerse que eran piezas separadas, en sedas gris plata, malva y blanco, verde y blanco, listados, y azul Napoleon con ampulosa falda y prolongada cola, sin vuelo en las caderas, lo que da por resultado un traje majestuoso y digno: algunos llevaban aldeta figurada por el adorno, y otros la aldeta postiza figurando paletot corto; unos abiertos en todas las costuras, y otros adornados alrededor lo mismo que la falda, con encaje de Cluny blanco, negro, ó los dos confundidos: algunos adornos bajaban abriéndose desde el talle en delantal, combinación muy autorizada hoy por la Moda. Veíanse también algunos echarpes iguales al traje, prenda que será siempre distinguida, y los que se anuncian en este género, como destinado á obtener gran favor, son los paletots de encaje negro, que colocados sobre traje claro dan á éste una frescura primaveral, velando el talle sin cubrir ninguno de sus encantos.

En los conciertos del PRINCIPE ALFONSO admiramos sombreros de primavera de tanta gracia como novedad. Muchas damas que protestaban contra los sombreros actuales, y á su aparición exclamaron: «Horrible moda! Nunca la aceptaré!» han concluido por ostentar sobre sus lindos cabellos el pequeño sombrero que los adorna en vez de esconderlos. Muchos podríamos citar, pero preferimos á reseñar los



que hemos admirado, adelantar las noticias de los que han de aparecer. El sombrero *Wateau*, muy semejante al sombrero *Pamela*, es de una forma casi redonda con el ala estrecha, y que por una pequeña ondulacion hácia la frente, sobre la oreja, y por la parte posterior para formar el bavolet, convierte en sombrero de vestir un sombrero redondo, que apenas cubre la parte superior de la cabeza. Esta es la última ley de los sombreros de este año. Pequeños hasta el punto de quedarse á la altura de la oreja, que la brida puede cubrir ó descubrir á voluntad. Al recordar los enormes sombreros del año veinte, entre los que era necesario buscar mucho el rostro para encontrarle, y contemplar los actuales en que es preciso hallar el sombrero escondido entre el pelo para convencerse de que existe, una sonrisa asoma á nuestros lábios, y reconocemos con dolor que el sombrero se fija siempre en los estrechos, en la exageracion. El sombrero *Lamballe* se asemeja á las formas citadas, aunque se permite mayor estension, ¡licencia increíble en estos tiempos! y sobre todos el *Titi*, por la pequeña copa redonda, y que se acomoda perfectamente á la forma de la cabeza, es un juguete encantador. Hácense todas estas formas en crespon y tul, ó con el ala y bavolet de paja, y el fondo de seda, tules ó encajes. El sombrero *fanchon* no acaba de desterrarse, y éste con el imperio, ofrece sombrero mas aceptable á las señoras de mayor edad y carácter. Nuestro figurin de hoy presenta cuatro sombreros de última novedad, siendo dignos de fijar nuestra atencion los de forma *Lamballe* y *Wateau*.

La lencería hace prodigios en esta época de transicion. Los juegos de cuellos y mangas con mosaicos de encajes, unos de forma puntiaguda, á lo Richelieu, otros de forma cuadrada, á lo Magistrado, son dignos de competir con los deliciosos cuerpos blancos, vestas con mangas ó sin ellas, y chaquetillas, que son el encanto de las jóvenes: en nan-zouk, muselina moteada ó batista de Escocia, con tablas encañonadas y puntillas, para trajes de pocas pretensiones; en batista, formadas por entredoses de encajes y bordados, para vestir mas.

Hora es ya de que nos ocupemos de las faldas interiores, que hemos relegado á un olvido injusto du-

rante muchos números de nuestro semanario. Los trajes recogidos sobre otra falda de color, alcanzan cada dia mas favor, y se hacen para este efecto combinaciones impregnadas de gusto y distincion. Figurarán en primer término los trajes de borde ondeado con ribete de terciopelo, levantados sobre otra falda de igual tela y adorno, sosteniendo los pabellones patas de la misma tela sujetas con botones, mariposas ó broches, que representan pájaros ó flores, siendo de gran novedad tambien las cadenas, sobre todo si el recogido va solamente en uno ó dos lados de la falda, para cuyo efecto sirve una sola cadena de grandes dimensiones artísticamente colocada. Las faldas interiores en telas rayadas obtienen mas favor que nunca, y en los adornos de éstas con seda ó lana de color, alternan el tablero de damas, las vueltas mosqueteras sujetas con botones, las tiras ondeadas, y abotonadas tambien, los bieses cruzados formando dibujos, y finalmente, los adornos de terciopelo; sin embargo, las que no tienen mas que un borde ondeado con ribete de terciopelo y un boton en el centro de cada onda, son muy distinguidas confeccionadas en tela lisa.

Los botones, como hemos visto, juegan gran papel en estos adornos, y fuerza es confesar que entran por mucho en los de trajes y paletots, para lo cual hay una variedad en botones que llama con justicia la atencion: los camafeos, el metal, el nacar, el azabache, la pasamanería, y sobre todos estos los de nacar con incrustaciones de oro ó de acero, ofrecen rico surtido en que escoger. No obstante, no vacilamos en afirmar que este adorno quedará postergado en los trajes de verano, que necesitan adornos mas ligeros si han de tener el aspecto vaporoso que exige la estacion. Anúnciase tambien, pero esto lo indicamos todavia con gran reserva, que en los trajes ligeros de verano se suprimirán por completo los adornos alrededor de la falda, trasladándose éstos á la delantera, los costadillos ó las costuras de la falda. Noticia es esta que necesita confirmacion, y para obtenerla á tiempo de que no cometan una torpeza nuestras lectoras, se dispone á adquirir todos los informes necesarios su infatigable revistera

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

LAS PERLAS DE VENECIA.

Era debajo de un copudo bananero, mecido por las ardientes auras del Brasil, que habian buscado un momentá-

neo reposo los mineros, ocupados en arrancar á la tierra su preciado tesoro de diamantes. A algunos pasos de los esclavos, casi desnudos, abria la mina su ancha boca, y en derredor de ella se paseaban con aire receloso los inspectores, casi todos europeos.

—Sí, decía el negro Tomás, elevado al cargo de inspector por su honradez é inteligencia, pero que permanecía no obstante en medio del grupo de sus antiguos compañeros; sí, todos los poetas se esfuerzan en pintarnos la belleza de las flores que matizan los prados, y apenas conceden algunas breves palabras á las piedras preciosas, y aun esto, no para encarecer su hermosura, sino su magnificencia. Y sin embargo, desde los brillantes cristales blancos, ó de variadísimos colores, como los que se encuentran en la Suiza, en Francia, en Inglaterra, y principalmente en el monte de San Gotardo, hasta el diamante, con sus espléndidas láminas, colocadas las unas sobre las otras, ninguna de las piedras preciosas por sus ricos matices puede ser comparada con la flor mas bella sin que gane en el contraste.

¿Tiene por ventura la aurora cambiantes mas vistosos que el transparente topacio y las facetas brillantes de oro y plata del girasol ó venturina? ¿Despide el sol al hundirse en el ocaso arreboles mas gratos que el rojo suave del jacinto, el encarnado vivísimo del rubí ó oscuro como el del granate? ¿Tiene el cielo un azul mas poético que el záfiro, ni un verde mas hermoso que la esmeralda los amenos prados?

—Prefiero las perlas, dijo otro de los inspectores acercándose á él; prefiero para adornar la garganta de una hermosa las perlas blancas, puras, transparentes, emblemas de su alma...

—Las perlas! exclamó Tomás con desden, ¿es posible, Beppo, que hagas mención de las perlas, tratándose de piedras preciosas? Dejando aparte otras consideraciones, y para que comprendas la distancia que hay de una á otra materia, solo te diré que el hombre imita de un modo muy imperfecto los rubís y los topacios, mientras hay perlas falsas, hechas de vidrio, y tan bellas como las que resultan de la gota del rocío que se congela en el fondo de una concha. Las perlas de Venecia...

—Oh! respondió vivamente su interlocutor, ¿qué extraño es, si unas y otras son obras del Altísimo? Las perlas de Venecia no son producto de la industria humana; fué el mismo cielo quien confió el secreto de la invención á uno de sus ángeles que peregrinaba por la tierra.

—Una historia? cuenta, cuenta! gritaron los circunstantes

—Soy veneciano, prosiguió Beppo con creciente fuego, y todos lo saben en Venecia; no hay un gondolero que no cante la canción de Lidia al compás de las ondas medidas por sus remos; no hay jovencilla pescadora que no la cante mientras recoge las brillantes conchas en el Lido.

Calló un instante el narrador: luego echó atrás sus cabellos rubios y ensortijados, y prosiguió con dulce y melodioso acento.

—¿Cuándo fué? Yo no lo sé; nadie lo sabe! Venecia siempre ha sido bella, siempre ha sido fuerte, siempre ha sido rica, y es difícil decir si hacia mucho ó poco tiempo que se hallaba en su apogeo cuando aconteció el suceso milagroso. Lo cierto es que sus flotas cubrían los mares, y que el ruido del Leon de San Márcos resonaba de un polo al otro polo.

Pero aunque la república era tan grande y poderosa;

aunque adornaban á Venecia centenares de palacios de pórfido y alabastro; aunque los patricios se envolvían en trajes de seda recamados de oro, no dejaba por eso de haber en la ciudad casas pobres y derruidas, mendigos vestidos de harapos, huérfanos y viudas que carecían de pan.

Lidia tenía apenas catorce años, y era bella como aquel cielo siempre azul; bella como la espuma de aquel mar siempre sereno.

¿En dónde estaban sus padres? ¿qué se habían hecho sus padres? Lidia no lo sabía, ¡jamás lo había sabido! Había vagado por muchos países, con unos gitanos primero, con unos saltimbanquis despues. No recordaba ni la casa paterna, ni las caricias de su madre.

A la sazón pedía limosna en el Lido, jugando con las conchas de bellísimos colores, y cuando las sombras de la noche la impedían proseguir en su inocente juego, hallaba asilo en donde querían concedérselo.

Un día, sin embargo, un niño cojo, ciego y manco, vino á pedir limosna junto á ella, y Lidia que no había conocido á su madre, tuvo corazón de madre para aquel niño miserable. Desde aquel día varió completamente, y la transformación que obró en ella la caridad, aumentó sus atractivos. Empezó por defender al niño de los otros niños turbulentos; empezó por partir con él su limosna, y acabó por consagrarle alma, pensamiento y vida.

Aquel niño no era huérfano, tenía una madre, pobre viuda, que ensartaba corales desde la mañana hasta la noche, sin ganar lo necesario para alimentar á sus cuatro hijos pequeñuelos.

Lidia dejó en paz á las conchas, sus amigas, y se dedicó á ensartar corales, para ayudar á la madre de su protegido.

¡Con esto, ella sola, ella abandonada, ganó una familia! Pero el cielo quiso mas de su virtud.

La madre del niño murió repentinamente, y la encargó su familia en el ¡ay! postrero que exhaló su alma al extinguirse.

Lidia se halló con una casucha desnuda de todo ajuar, una arca vacía, y cuatro niños á quienes proveer de sustento.

No desmayó por esto; redobló su trabajo, y las inocentes criaturas no echaron nunca de menos á su perdida madre.

Pasó un año, quizás dos, quizás tres, también lo ignora; pero llegó un día de gran fiesta para Venecia: el nuevo Dux efectuaba sus esponsales con la mar, y el histórico *Bucentauro*, rodeado de cien naves, rodeado de mil góndolas, adornadas de flores y banderolas, abandonaba la playa con rumbo majestuoso, entre los gritos entusiastas del pueblo arremolinado en ella.

Lidia quiso también asistir á la ceremonia, y por la vez primera abandonó por un placer su casa.

¿Qué pasó en el Lido?

La joven volvió pensativa á su vivienda, y por la noche se detuvo allí una góndola.

El que bajó de la góndola era un bello y apuesto caballero; por la mañana estaba al lado del Dux, y ostentaba un vistoso traje.

—Parto dentro de ocho días, le dijo á Lidia con dulce y tierno acento; ven conmigo! Te llevaré á mi patria, Es-

pañá, y no tendrás ya que llorar los desdenes de la suerte.

—Soy madre de cuatro niños, respondió la animosa jóven, que duermen ahí dentro el sueño de la inocencia, y no puedo abandonarlos!

—Les dejaré algun socorro.

—No puedo abandonarlos!

Siete veces volvió el jóven á verla, en medio del silencio de la noche, y las siete veces se volvió solo en su góndola brillante. En la sétima habia traído á Lidia un collar de perlas, y le habia rodeado á su garganta.

—No, dijo la pobre niña, arrancándoselo con un suspiro y devolviéndolo á su dueño; debo permanecer aquí; debo vivir para los inocentes que Dios me ha confiado!

Y así que el jóven se hubo alejado, prometiéndola que volvería; así que despuntó la aurora, Lidia, la animosa Lippia, temiendo sucumbir á la tentacion, abandonó su choza acompañada de los cuatro huérfanos, subió en un pequeño batel, y se hizo conducir á la isleta de Murano, que dista apenas dos leguas de Venecia.

Mas ¡ah! si con esto habia logrado sustraerse á las persecuciones del jóven y triunfar de su propio corazon, tambien se ocultaba á los comerciantes que solian darla trabajo!

Al principio pudo hallar un asilo con el fruto de sus economías; pero luego la miseria se presentó ante ella como un acreedor implacable que reclama lo que es suyo.

Una noche, la infeliz, exhausta de hambre, agobiada de dolor, vagaba por la orilla del mar, y rogaba á Dios por sus adoptivos hijos, cuando vió elevarse de las ondas un vapor diáfano, que fué subiendo, subiendo, hasta convertirse en una nube de oro. Luego, del centro de esta nube surgió una bellísima matrona, vestida con los colores del Iris y coronada de estrellas.

Callaron al instante los ecos, callaron las brisas, enmudecieron las ondas, y la aparicion habló con una voz tan dulce y melodiosa como jamás oyeron los humanos.

—Dios, dijo, ha resuelto premiar tu caridad heróica; rechazaste un collar de perlas con tal de no abandonar á los pobres huérfanos, y tendrás tantas perlas, que podrás inundar con ellas todo el mundo.

Venecia recibe por tu mediacion un insigne priviiegio, y de hoy más tendrán pan las viudas, tendrán pan los huérfanos sin ventura.

La voz de la aparicion se fué estinguendo gradualmente, como el eco de un arpa sonora.

La nube perdió su brillo; se volvió primero blanca, despues se convirtió en vapor, y se disipó en el aire.

Entonces volvieron á gemir las olas, á suspirar las brisas, á resonar los ecos, como si todas las voces de la naturaleza cantasen la *Hossana* de los cielos.

Lidia, que habia caído de rodillas, recobró la calma, y hubiera creído que soñaba, si no hubiese hallado á sus piés un pergamino, en el cual estaban grabadas algunas líneas con caracteres de fuego.

¡Aquel era el secreto de labrar las perlas!

Pasaron los años.

En la isleta de Murano se alzaban varios suntuosos edificios, destinados á la fabricacion de la nueva industria, y allí trabajaban noche y dia millares de operarios: los hombres ocupados en preparar el vidrio, las mujeres y los niños en ensartar las perlas.

En cuanto á Lidia, habitaba en un verdadero palacio de hadas, construido junto á las fábricas, y su góndola era la mas bella que surcaba el Adriático.

La crónica asegura, que paseaba por el mar, ó en los floridos verjeles de la Isla, apoyada en el brazo de un apuesto caballero, y que éste era el mismo que la visitaba algunos años antes en su casucha del Lido.

Y hé aquí, prosiguió Beppo con calor, he aquí porqué las perlas de Venecia sobrepujan en belleza á las verdaderas, siendo como son el producto de un soplo del cielo, condensado por la ardiente caridad cristiana; hé aquí porqué ninguna nacion del universo ha podido arrancarla su secreto, secreto que ha hecho afluir á sus arcas incalculables tesoros; hé aquí...

En este momento dió una palmada el inspector mas anciano. Habia pasado la hora del descanso, y los mineros volvieron rápidamente á su trabajo.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

BALADA.

Una tarde tres querubes
En el azul firmamento
Allá en la region del viento
Sobre su trono de nubes,

Con voz dulce y peregrina
Como del aura el murmullo,
Cantaron en un arrullo
Su procedencia divina.

I.

Yo soy la esencia de las verdades,
Vela el misterio mi corazon,
Vivo en el germen de las edades
Cantando á Dios.

Yo soy la vida que dá la calma,
Sé los secretos, que guarda el alma
Dentro del bien.

Y soy un rayo de amor fecundo,
Y soy un cielo que cubre al mundo,
Pues soy la Fé.

II.

Yo nazco de la esencia
Que el bien destila,
Yo consuelo á las almas,
Yo doy la vida;

Todos los hombres
Me rinden por tributo
Sus corazones.

Yo acompaño al que rie
Como al que llora,
Yo cambio en ilusiones
Mundos de sombras,

Y al desaliento
Le hago correr la vida
Mirando al cielo.

Soy el postrer suspiro
Que el hombre tiene
Cuando termina el plazo
Que dá la muerte,

Soy el mañana,
Soy el consuelo puro,
Soy la *Esperanza*.

III.

Yo nazco en el sentimiento,
Que de las virtudes brota,
Soy del mundo el elemento,
Pues siempre mi pensamiento
Sobre el universo flota.

Yo doy la fé al corazón
Envuelta con la esperanza,
Yo consuelo la aflicción,
Y llevo la compasión
A la bienaventuranza.

Yo soy la mano escondida
Que levanta á la pobreza,
Soy la sombra bendecida
Que derrama su grandeza
Entre el ruido de la vida.

Yo soy de la humanidad
El emblema primitivo,
Vejeito en la oscuridad,
Entre la miseria vivo,
Y me llaman *Caridad*.

Nada mas se oyó decir,
A la tierra descendieron,
Y desde entonces siguieron
Sin volverse á desunir.

Cruzaron su inmensidad
Consolando el mal profundo,
Pero hoy ya por este mundo
No se vé á la caridad.

Y es que al ver los desenfrenos
De la tierra pervertida,
Está la pobre escondida
En el alma de los buenos.

ANGEL MONDEJAR Y MENDOZA.

CRÍTICA LITERARIA.

EL CAUDILLO DE LOS CIENTO,

novela en verso, por DON ANTONIO ARNAO.

(CONCLUSION.)

V.

Leyenda ó novela, este libro marca una nueva senda literaria á Arnao, senda que en mi juicio nunca debe abandonar el verdadero génio: poeta académico era á quien solo los literatos podían apreciar, y hétele poeta popular al alcance de todas las inteligencias. Poeta académico era, y fuerza es decirlo, porque un amigo debe ser ante todo franco, admirado de los literatos por la inmejorable estructura de sus versos, por la fuerza de su dicción, y por sus felices imitaciones de los clásicos, el público, para quien los poetas escriben y deben escribir, el público no le leía. Poeta popular hoy, no despreciando la forma, pero si no sacrificándolo todo á ella, comprendiendo que en la literatura hay un mas allá, y que los lectores no se han educado en las Academias y los Ateneos, ya verá si es leído, como lo son otros muchos de nuestros líricos; mientras yacen en los estantes de las Bibliotecas, sin que nadie se cuide de quitarles el polvo, libros notabilísimos por su forma, y que acaso inmortalizarían á sus autores, si hubiera dentro de ellos algo que hablase á la inteligencia de la muchedumbre.

VI.

Desde que Tirso de Molina lanzó á la escena *El burlador de Sevilla*, el gallardo tipo de *D. Juan Tenorio*, tan bello y tan simpático en medio de los desórdenes de una vida relajada, ha aparecido cien veces en la literatura de todas las naciones; y ya con el mismo nombre con que le bautizó el gran padre maestro de la Merced, ya con los de *El estudiante de Salamanca*, *El capitán Montoya*, ó *don Juan Marana* (corrupción en mi entender de *D. Miguel Mañara*), Moliere y Byron y Zorrilla y Espronceda y Dumas, y otros ciento, han popularizado este extraño personaje, que, sin embargo, de ser la encarnación viva del vicio; por su valor indomable, por sus rasgos caballerescos, y por su arrogancia verdaderamente española, ha venido á hacerse mas simpático que pudiera serlo otro en quien el poeta presentara el conjunto más acabado de todas las virtudes.

Tanta es la popularidad de esta bizarra figura que hasta la misma Rusia, cuya historia literaria data de tiempos cercanos, y que por el carácter especial de sus habitantes

parece como que debía rechazar estas extraordinarias creaciones de los pueblos meridionales, ha pagado también su tributo á Gabriel Tellez, produciendo en nuestros días un nuevo *Don Juan*. Pero cuantos escritores nacionales ó extranjeros la han presentado al público, aunque en su mayoría castiguen sus vicios en el final de sus respectivas obras, más bien puede decirse que han conseguido hacerlos interesantes en *Don Juan* por las galas de poesía de que los revisten, que dar una severa lección moral, estéril ya, cuando á los ojos del lector ó el espectador se han hecho los vicios amables por la forma en que se le presentan. Este es el escollo que á mi juicio ha sabido evitar Arnao en la pintura de su *Don Diego de Ayala*, y en esto, en mi humilde opinión, estriba el mayor mérito y la gran novedad del libro en que me estoy ocupando.

Al lado de la figura de Ayala, tipo del burlador desalmado aunque de formas caballerescas que nos atrae como todos los de su especie á pesar de nosotros mismos, con ese extraño atractivo que tiene todo lo grande y extraordinario de cualquier género que sea; ha sabido poner la verdaderamente noble y grande del conde D. Ramiro, reflejo vivo del caballero español, y dechado de todas las virtudes de nuestra raza. Colocado junto á este hermoso personaje, cuyas acciones llevan siempre el sello de la honradez y de la justicia, el burlador, por más valiente y gallardo que sea, parece pequeño y miserable, y ni por un momento interesa al lector, que desde luego fija su vista con predilección en otra más noble y honrada figura.

Este efecto de claro oscuro, esta manera de repartir la luz por su cuadro, dejando en la sombra la parte que en sombra debe quedar, é iluminando vivamente aquella otra que debe destacarse, es en mi entender, como ya dejó apuntado, lo que constituye el mayor mérito del libro de que escribo, y lo que presta verdadera vida y novedad á la fábula, dando al par un resultado moral á que en vano han intentado llegar los muchos é ilustres poetas que hasta ahora han presentado como protagonista de sus obras al extraordinario hijo de Tirso de Molina, y esto consiste en que Arnao más que pintar un carácter, se ha propuesto desarrollar un pensamiento, y que este carácter no es más en su obra que uno de los medios de lograr el fin moral á que aspira. Crear caracteres, y querer luego llegar con ellos á desarrollar un pensamiento, es, según mis convicciones literarias, invertir el orden de las cosas: del pensamiento deben salir los caracteres que para su demostración sean precisos, que otra cosa será siempre sacrificar lo principal á lo secundario.

VII.

Si hay en el libro un importante pensamiento filosófico y dos grandes caracteres; si los demás de que no me ocupo por no hacer interminable este artículo están pintados de de mano maestra, y si el interés que la acción despierta no decae ni por un momento; aún seduce más por lo brillante de las descripciones y por el atinado colorido de la época, que prueba una vez más lo estrecha que es la conciencia literaria de su autor.

En la parte descriptiva solo las leyendas de nuestro gran

Zorrilla exceden á *El Caudillo de los ciento*; y para buscar ejemplos de una pintura de época y de un colorido local mas verdadero, fuerza será recurrir á las novelas de Walter Scott y Fenimore Cooper. No quiero entrar en detalles por no privar al lector del placer de la sorpresa: ábrase el libro por cualquiera de sus páginas, y de seguro que en aquella en que se fijen los ojos se encontrará una demostración palmaria de este aserto, que á primera vista parecerá atrevido á los que me lean.

Magníficamente está manejado, lo que acaso un preceptista llamaria la máquina del poema y nosotros llamamos sencillamente la parte sobrenatural. Para experimentar una sensación parecida á la que hace sentir aquella aureola divina que tan oportunamente viene á resolver alguna de las situaciones de la novela, hay que recurrir á aquel *Cristo de la Vega* que separa de la cruz su mano enclavada y estiendo el brazo para prestar juramento al ser interrogado como testigo.

Al concebir Arnao el pensamiento de escribir una novela, y novela en verso sin duda, se propuso como modelos, por lo que de historia tenia, á Walter Scott; por lo que tenia de poética y legendaria, á Zorrilla. No es, pues, extraño que participe de los géneros de ambos ilustres escritores, ni tampoco que juntándolos en admirable consorcio, haya producido una obra digna por todos conceptos del aplauso público.

VIII.

Costumbre añeja es en los críticos españoles hacer en sus artículos un resumen del argumento de las obras en que se ocupan, y alguno de mis lectores estará echando ya de menos el cuentecillo, que no va á hallar de manera alguna en estas desaliñadas líneas. Cuando he visto contado en los periódicos el asunto de una de mis comedias al día siguiente de su representación, me he preguntado siempre: ¿con qué interés va á asistir el público, que ya sabe cuanto va á pasar, á las representaciones consecutivas? Para qué he trabajado meses y meses en combinar un asunto en que el desenlace sea en mi entender tan natural como imprevisto, si ninguna sorpresa voy á causar en el espectador, á quien veinte folletines se encargan de decir con anticipación lo que yo no queria que supiera?

Perdóneme el ilustre y respetable Hartzenbusch, á quien admiro como literato y poeta y venero como hombre, si no sigo sus huellas en esto de relatar al público el argumento de la novela de Arnao; se puede ser el primero de los críticos españoles como lo es nuestro excelente D. Juan Eugenio, y no haber reflexionado en la inconveniencia de una costumbre literaria, que sin embargo más de una vez le habrá privado del aplauso á que le hacia acreedor una situación dramática hábilmente combinada; pero cuyo principal efecto estribaba en la sorpresa que se proponia causar en los espectadores. Además, ¿es posible referir fielmente en unos cuantos renglones lo que el autor ha encerrado en dos, tres ó seis mil versos? Pues una de dos: ó á lo que el autor ha escrito le sobra mucho, y entonces lo que ha escrito es malo, ó no le sobra, y en ese caso es de todo punto imposible relatarlo en pocas palabras.

No contaré el argumento de la novela de Arnao. Cuando salgo del teatro de ver una comedia nueva, y según la costumbre me pregunta alguno: «¿já qué se reduce?» «Esta comedia es buena y no se reduce», le contesto: las obras de ingenio tienen que existir tales como su autor las ha escrito, y no son susceptibles de reducirse ni de compendiarse.»

Perdónenme los escritores que piensen de distinto modo; pero yo creo que los artículos críticos se escriben para los que han visto ó leído la obra que se critica, ó para excitar á verla ó leerla á los que no lo hayan hecho. Los primeros no necesitan que les digan lo que ya saben, y en cuanto á los segundos me parece mal medio de excitar su interés, el satisfacerlo, siquiera sea de una manera incompleta.

IX.

Si el lector quiere saber lo que pasa en *El Caudillo de los ciento*, acuda á la librería y compre el libro. Aquellos que aman la literatura nacional, aquellos que no tienen estereotipados en la boca la sonrisa del desden para todo lo que es nacional y el anti-patriótico; *qué país!* estribillo obligado de todas las conversaciones de los que en él han nacido, y son miopes aunque vean á las gentes desde lejos, de seguro que van á encontrar algo mejor en este libro eminentemente español que en las novelas del vizconde Ponson de Terrail, pasto diario y admiración constante de todos los ciegos que ven.

No aconsejo á éstos que lean *El Caudillo de los ciento*, obra que en nada se parece al *Cancan literario* que bailan los escritores á la moda de la corte de Napoleón III; pero los que guardan entera en el alma la fé de nuestros padres; los que conservan como un tesoro sagrado la rancia hidal-

guía de nuestra vieja España y gustan de ver reproducidos los rasgos característicos de los hijos del caballeresco suelo que nos vió nacer; esos sentirán al leer el libro de Arnao un placer análogo al que les causó *El Moro expósito*, *El Trovador* ó *Los amantes de Teruel*.

Es moneda corriente en España que nuestra literatura decae, que nuestras artes decaen, que todo decae en fin; y de tan atrás viene corriendo por acá esa moneda, que el mismo gran *Figaro*, prueba viva de que el ingenio español estaba muy lejos de la decadencia, pagó tributo á la común manía escribiendo aquel desconsolador artículo en que juzgaba el drama de *Felipe II*.

Virtud y grande es la modestia individual; pero la modestia nacional es un vicio, por no decir un crimen, sobre todo si se lleva al terreno que en España suele llevarse, es decir, al de la envidia por todo lo extranjero, y el desprecio mas profundo por todo lo que ha nacido de Pirineos acá. Tiempo es ya de alzar la voz y de mostrarnos orgullosos con lo que realmente debemos estarlo: á excepcion de la Rusia en que brota de algunos años á esta parte una literatura propia y rica, ninguna otra nacion del mundo puede hoy gloriarse de tener puesto tan alto como España el pabellon literario. Si cada año no tuviéramos una prueba de ello, si ahora mismo en breve espacio de tiempo no hubiera la prensa saludado como á genios verdaderos á dos jóvenes poetas dramáticos que comienzan su espinosa carrera; bastaría la prueba que el señor Arnao nos presenta en su última obra. País que produce libros como *El Caudillo de los ciento*, no está en la pendiente de una decadencia literaria.

Termino dando á mis lectores un consejo que he aprendido del sabio Barthelemy: «No nos hagamos descontentadizos para parecer ilustrados.»

LUIS DE EGUILAZ.

TEATROS.

No sólo la fácil variación de la corriente de las ideas, y las alteraciones que experimentan los sistemas literarios, influyen en la diversidad de gustos que, según las épocas, dominan en la generalidad de las gentes. La moda, que extiende sus exigencias á casi todos los actos y usos humanos, abarca también en su imperio las bellas letras, y por lo tanto las relaciones que median entre ellas y los distintos géneros dramáticos.

Ha pocos años era espectáculo preferido la representación escénica de una acción histórica, pintura de época ó de carácter, revestida de los encantos de una versificación pomposa y exhuberante. El melodrama francés con sus infinitas situaciones interesantes, aunque trazado en prosa y lleno de palpables inverosimilitudes, atrajo y sedujo después la atención de la multitud. Más tarde la comedia llamada palaciega, manifestación de contado número de autores, causó el embateso de sus aficionados.

Hoy la comedia y el drama de la vida contemporánea, entrañando la solución de algun problema social, se llevan la palma entre los escritores tanto nacionales como ex-

tranjeros, y gozan el privilegio de proporcionar entradas á los coliseos.

Del estado actual del gusto se deduce que siendo la obra del señor Larra, últimamente estrenada en el PRINCEPE, un drama de los conocidos con el epíteto de histórico, género enumerado entre los que arriba se apuntan como olvidados del público por la variación de los tiempos y las veleidades de la moda, ha tenido que afrontar obstáculos casi invencibles para alcanzar una vida de escasa duración.

Cierto es que *En brazos de la muerte* no puede calificarse, entre las de su clase como producción de condiciones extraordinarias; cierto es que no se halla revestida de una versificación siempre sonora y brillante, condicion congénita á esta clase de obras; pero también lo es que ni le faltan pasajes con entonación y colorido, ni deja de tener situaciones elevadas que dan vida á la acción.

Tal como aparece, con sus bellezas y lunares, hubiera causado en otro tiempo doble efecto que al presente, y eso que no puede el autor manifestarse muy descontento del resultado.

La fábula está compuesta sobre un suceso histórico de alta importancia, á saber, la usurpacion del trono de Leon por D. Fruela II, y el destronamiento y castigo por su sobrino Alfonso II á quien habia arrebatado la corona, todo lo cual acaece en el año 924 de la era cristiana. Este argumento ha sido desarrollado con mucha sencillez, siendo de notar que en él no entra el elemento necesario del amor, en su acepcion genérica, lo cual da al conjunto cierta rigidez que desagrade. Los proyectos de restauracion de los unos; los temores de la derrota en los otros; los ardides de los defensores de Alfonso; las suspicacias y crueldades de don Fruela, constituyen el fondo del cuadro.

Si el espacio nos consintiera un exámen minucioso de *En brazos de la muerte*; si nuestro propósito fuera trazar un juicio crítico en que se depurasen los aciertos y desaciertos de la obra; entonces podríamos emitir sobre ella una opinion fundada en razones y datos justificativos. No realizándose ninguna de ambas circunstancias, sólo nos es dable exponerla como meros narradores, segun por costumbre hacemos.

En brazos de la muerte es un drama apreciable en que hay situaciones de relieve, como las finales del segundo acto, y otras lánguidas y de menos efecto. El tipo del protagonista revela cierto carácter melodramático que produce secreta repugnancia, y mas aún el personaje secundario de Lope Almondarez. D.^a Elvira y Diego Vela no son tampoco muy nobles en su proceder, vista la doblez con que finjen reconocer y acatar á D. Fruela de quien solicitan perdón y olvido con el acento de la verdad. Tocante á la verosimilitud escénica, hay que desear algo á veces, pero esto no impide el gran resalte de varias situaciones. No escasean en el discurso de la accion rasgos atrevidos y pronunciados. La versificacion, aunque no impecable porque es en ocasiones poco correcta, y porque no está sobrada de carácter de época; parece por lo general sonora, y en algunos trozos resulta feliz.

Sobre este último particular aduciremos una muestra, ya que la escena V del acto tercero nos ofrece un monólogo que parece una poesía separada del conjunto, en atencion á su tono y al metro en que está escrito. Dice la madre de Alfonso:

¡ Triste acaba la noche y silenciosa !

Su calma y su inquietud temor inspiran ;

y en confuso tropel amontonadas
las nubes giran !

Ni el más leve rumor, ni el manso viento
dan á la noche su apacible ruido.

Solo se escucha de mi propio acento
el eco estremecido !

En vano quiere aún mi fortaleza

llamar á mi temor necios antojos.

Ya las lágrimas siento que apiñadas
se agolpan á mis ojos !

Ya el miedo mi razon ha fascinado ,

y al ver que en el combate me ha vencido ,

temo que el corazon sobresaltado

se rompa de un latido !

Oh Dios mío ! Valor ! no hagas que débil

sucumba al fin ! Para temblar es tarde

¡ Haz que recobre su potente brio
el ánimo cobarde !

Vea yo al que nació de mis entrañas

á la vida volver que le dí un día.

Véale vencedor ! y corta al punto

la estéril vida mia !

La ejecucion de *En brazos de la muerte* ha sido esmerada, distinguiéndose el señor Valero. Tambien han tomado parte en ella las señoras Lamadrid é Hiosa, y los señores Pizarroso, Zamora y Morales.—La obra ha sido bien puesta en escena.

La falta de sitio nos veda el continuar nuestra revista.

DIEGO DE RIVERA.

Esplicacion del Figurin, núm. 814, bis.

NUM. 1. *Sombrero Wateau*, de tul blanco moteado, con bullonado de tul liso todo alrededor, y echarpe de tul, que sujeto con una rosa al lado izquierdo, baja á sujetarse con otra rosa sobre las bridas blancas: otras dos rosas en la parte interior del ala le completan.

NUM. 2. *Sombrero Fanchon*, de crespon azul, cubierta casi el ala por una toquilla corta de encaje blanco, sobre la que va un bullonado de crespon azul: entredos de encaje sujeto con una flor forma diadema, y completan el sombrero bridas blancas, que corren por todo el borde inferior.

NUM. 3. *Sombrero*, de igual forma, de paja de Italia con bullonado de cinta verde alrededor, sujeto con broches ó camafeos: una toquilla de encaje blanco cubre la parte superior del ala escediéndola por detrás, y bridas blancas, flores de amapola, y sartas de corales hácia el lado derecho le completan.

NUM. 4. *Sombrero Lamballe*, de tul ó crespon rosa, guarnecido alrededor de pluma blanca. La forma de este sombrero es muy semejante á los Pamela, de vestir, que quedan muy altos de los costados: éste va adornado por tres rosas, velo blanco flotante y bridas rosa.

NUM. 5. *Cofia* de muselina con dos órdenes de encaje alrededor, y lazo de cinta verde en el centro, del que descienden las bridas, pasando por debajo del encaje.

NUM. 6. *Cofia* de batista, con encañonado á la cara, y encaje sobre él, que se continúa al borde por detrás: una tira ó echarpe atraviesa el fondo, sujeto con lazo de cinta azul al lado izquierdo, y baja á sujetarse con otro de igual color debajo de la barba.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.